

Texto y dibujo. La *Historia indiana* del jesuita Acosta y sus versiones alemanas con dibujos¹

por Fermín del Pino Díaz

Abstract. – Without mentioning the name of the author, the well-known *Natural and Moral History of the Indies* by the Jesuit scholar José de Acosta was included in Vol. 9 – originally the last one – of the Latin and German versions of Theodore de Bry's finely illustrated *Collectiones peregrinationum in Indiam occidentalem*, together with fourteen new drawings. This collection of accounts of voyages and travels has been analyzed thus far as just a collection of illustrations, neglecting the texts accompanying them and emphasizing the ideological dimension of De Bry's work. In this essay I'll try a novel approach. I'll consider the illustrations as supplementary to a text; furthermore, I'll reflect upon the relative power of the ethnographic representation of both drawings and texts by closely comparing them to one another in the light of the original testimonies.

1. PRELIMINARES SOBRE LA EVOLUCIÓN DE NOTICIAS DE INDIAS EN EUROPA

Una de las cosas que más acercan definitivamente el descubrimiento colombino a los tiempos modernos es su inmediata repercusión litera-

¹ Me gustaría dedicar este texto al profesor Norman Fiering, director de la John Carter Brown Library (JCBL) de Providence, pues le debe mucho a una estancia prolongada en esa digna biblioteca (que tuvo la gentileza de ofrecerme una beca por dos veces, 1993 y 2002). El tema fue luego objeto primeramente de una "charla" final en los habituales *lunchs* de los miércoles, en mayo del año 2002. Fue objeto también en el 2002 de un texto mayor en Connecticut College (ed.), *Modules in Emerging Fields*, vol. 3 (CD-ROM, New London 2002), dedicado a "Indigenous Cultures of Spanish America", donde se ofrecieron los catorce gráficos de Acosta, con algunos otros dibujos de De Bry. Finalmente, dicté con el mismo título – pero no con el mismo texto – una conferencia en el *I Congreso Internacional del Instituto de Historia del Libro y de la Lectura*, en Salamanca, el 1 de noviembre de 2002, que se conserva inédita.

ria, y la rápida circulación de las noticias (por vía oral y escrita, por vía manuscrita e impresa, e incluso por medio de visitas personales al terreno o, a la recíproca, tras la recepción europea de visitantes del todo extranjeros). Los puertos ibéricos de Sevilla, Lisboa, Barcelona o Valencia tuvieron muy pronto a su alcance ejemplares típicos de productos canarios o americanos, e incluso habitantes nativos traídos primero por los descubridores (Colón, Cortés, etc.) y, más tarde, por los misioneros (el propio Las Casas, al principio, o los jesuitas de Japón, luego).

Pero las noticias derivadas de las fortuitas y escasas ocasiones de contacto directo en Europa no podían compararse en cantidad y calidad con las procedentes del lejano mundo a que pertenecían ellas mismas. Éstas eran más numerosas y más constantes, y se producían de un modo más conforme a la novedad esperada. Al fin y al cabo, los nuevos alimentos, los productos textiles o médicos, las personas y sonidos procedentes del lejano Nuevo Mundo perdían con el traslado mucho de sus formas originales; y era justamente esa efímera novedad y rareza originaria lo que atraía a los lectores europeos de los relatos de países exóticos. Además, la posibilidad ofrecida ahora de imaginarlos de acuerdo a los propios sueños de los lectores, o a la capacidad narrativa del relator, daba un interés especial a estas noticias lejanas – oídas o leídas – frente a la inmediata imagen resultante de un fugaz contacto directo. Este problema se relaciona directamente con el asunto que pretendo plantear ahora: la posible diferencia radical entre los relatos indianos donde el lector depende totalmente de su imaginación o de la capacidad literaria por una parte, frente a los relatos acompañados de dibujos por otra. Los dibujos simulan un contacto directo con la realidad, aunque tal vez engañoso.² Para un examen minucioso de esos diferentes medios de comunicación, o de la importancia de los lazos entre diversos territorios europeos, véase el estudio de Renate

² Nos movemos en un terreno resbaladizo al comparar las ventajas e inconvenientes habituales de cada medio de comunicación (manuscritos, ediciones, cartas náuticas, impresos volantes, dibujos, cuadros, tapices, escenificaciones, apariciones teatrales, etc.). Es verdad que unos medios (los manuscritos) son más rápidos y están mejor informados que otros (libros), pero también tienen menos impacto social sobre la opinión pública y, tal vez, sobre la reflexión intelectual.

Pieper, *Die Vermittlung einer Neuen Welt*.³ Pero no son dignas de estudio solamente las noticias (literarias u orales) del Nuevo Mundo acerca del primer encuentro transmitidas por vía epistolar, ni son necesariamente las más interesantes desde el punto de vista del conocimiento etnográfico. Con frecuencia se ha exagerado el valor informativo de las primeras noticias, que carecen de la necesaria sofisticación y verificación de parte del testigo, no preparado todavía a este tipo de observaciones curiosas sobre sociedades muy diferentes. Las posteriores observaciones de Mártir o de Gómara fueron más perceptivas que sus propias fuentes aunque pusieran en la labor su experiencia clásica, lo que ha parecido a observadores “positivistas” un inconveniente insuperable para tomar en cuenta sus testimonios y consideraciones.⁴

³ Renate Pieper, *Die Vermittlung einer Neuen Welt. Amerika im Nachrichtennetz des Habsburgischen Imperiums, 1493–1598* (Maguncia 2000). Ha sido reseñada en *Revista de Indias* 223 (Madrid 2001), pp. 792–794, reclamando una urgente traducción al español, dada la importancia de su investigación de archivo y el alcance comparado de sus análisis. En realidad, su obra parece ser un alegato sobre las diferentes “recepciones” que tuvo el hecho americano en Europa – reflejo lejano de los debates del 92 –, destacando también que los impresos tardíos ingleses, alemanes y holandeses – más modernos, y llenos de dibujos – tuvieron sin embargo un eco social importante y duradero, y mostraron una curiosidad que hasta ahora no se ha admitido por los estudiosos. Como avance castellano de su tesis, cf. Renate Pieper, “Cartas, avisos e impresos: Los medios de comunicación en el imperio de Carlos V”: José Martínez Millán (coord.), *Carlos V y la quiebra del humanismo político en Europa (1530–1558)*, vol. IV (Madrid 2001), pp. 431–441.

⁴ Esta tipificación de las crónicas de Indias por su desviación “clasicista” procede curiosamente de las críticas ilustradas, de parte de hombres como W. Robertson, tan dependiente de esas crónicas de Indias; posición crítica que ha costado mucho “superar”, siendo heredada en el siglo XIX por hombres ilustres de la antropología temprana como Lewis H. Morgan o Edward B. Tylor, igualmente dependientes de las crónicas hispanas. Ver Fermín del Pino Díaz, “Los cronistas de las culturas indígenas de América: su valor antropológico”: *Actas de la Primera Reunión de Antropólogos Españoles* (Sevilla 1975), pp. 107–125. La etnohistoria contemporánea ha heredado este “prejuicio” hasta casi nuestros días por su preferencia por las fuentes tempranas y anónimas. He escrito un alegato a favor de la mejor comprensión de los cronistas tardíos sobre los tempranos para fenómenos complejos de las sociedades americanas como el canibalismo azteca, que fue visto como materia más bien proteínica – y no ritual – justamente por los primeros observadores, y fueron seguidos inocentemente (¿?) en el siglo XX por antropólogos interesados en esa tesis. Cf. Fermín del Pino Díaz, “Por la revaloración etnohistórica de una fuente olvidada: la crónica de Indias”: Alain Musset/Thomas Calvo (eds.), *Des Indes occidentales à l’Amérique Latine* (Fontenoy/Saint-Cloud 1997), pp. 639–651. Traté el tema anteriormente en Fermín del Pino Díaz, “Las fuentes españolas sobre América prehispana como precursoras de la etnología europea: problemas historiográficos y científicos”: idem (coord.), *Ensayos de metodología histórica en el campo americanista (= Anexos de la Revista de Indias 1)* (Madrid 1985), pp. 105–123, que recogía un monográfico metodológico sobre el uso de las fuentes americanistas.

No es el momento de insistir en los valores positivos del clasicismo renacentista – por ejemplo, como trampolín desencadenante de una comprensión apropiada de la “otredad” de algunas culturas contemporáneas –, pero al menos debe advertirse que el positivismo de las antiguas historias antropológicas, creyendo solamente en la ciencia etnográfica más moderna, ha sido ya substituido por una conveniente teoría “perspectivista” del conocimiento.⁵ El volumen informativo fue acumulándose en el archivo castellano de Simancas, establecido por la política de un rey burocrático – formado en el Renacimiento – como Felipe II, luego transferido en el siglo XVIII al edificio en Sevilla a espaldas de la Lonja, que hoy constituye el Archivo General de Indias.

2. LAS POSICIONES EXPLICATIVAS ACERCA DE LOS DIBUJOS EN TEXTOS ESPAÑOLES

A pesar de la cantidad asombrosa de escritos europeos a que dio lugar la novedad indiana, ocurrió lo mismo que con la documentación reunida sobre los territorios hispanos: carecían de dibujos en una proporción masiva. Ante todo, eso ocurre con los gráficos que se refieren a mapas y representaciones territoriales, de los cuales no aparece prácticamente ninguno en las editadas crónicas de Indias. Apenas Gómara, López de Velasco o Antonio de Herrera portan algunos pocos y sobrios mapas de las tierras indianas, y si uno recorre la batería de mapas conservados en archivos españoles, son en su mayoría inédi-

⁵ Tal vez el más convincente trabajo en este sentido sea el del arqueólogo John H. Rowe, recientemente desaparecido, “Renaissance Foundations of Anthropology”: *American Anthropologist* 76 (1965), pp. 1–15, que mostró la necesidad previa del Renacimiento italiano para que los europeos cayeran luego en la cuenta del interés del estudio de las otras culturas y dispusieran de un modelo descriptivo a emplear. Anteriormente, hubo pocos modelos (Heródoto, Tácito, Marco Polo, y otros pocos), y no fueron muy usados en su propio tiempo, acusando a sus autores de “mentirosos” y exagerados. El mismo autor observó, en 1974, que las primeras gramáticas de lenguas indígenas se hicieron sobre el modelo de la lengua latina y fueron poco posteriores a las primeras de lenguas europeas. John H. Rowe, “Sixteenth and Seventeenth Century Grammars”: Dell Hymes (ed.), *Studies in the History of Linguistics. Traditions and Paradigms* (Bloomington/Londres 1974), pp. 361–379.

tos.⁶ Sin embargo, editar cartas del Nuevo Mundo llegó a ser una obsesión de las prensas italianas, francesas, alemanas y holandesas (llegando a traducirse oficialmente en España algunas de ellas, como el famoso *Teatro de la tierra universal* de Abraham Ortelius en 1588, justamente dedicado al Príncipe, el futuro Felipe III).⁷

Hace poco en una excelente exposición sobre el uso hispano de la cartografía de los Países Bajos, quedó patente que tal vez no se trataba tanto de una política de sigilo como de un cierto abandono nacional de esa actividad. El propio comisario de la exposición, Fernando Bouza (1995), desenterró un dictamen hispano del Consejo de Estado de 1660 a favor de la traducción española del famoso *Atlas mayor* del holandés Joan Blaeu, ofrecida al rey Felipe IV por su autor y aceptada porque los mapas de España en poder del Estado “no pasan de catorce [... por] la poca cultura con que en España se trata la cosmografía”.⁸ Por esta razón, el comisario en su introducción “pretende explicar el por qué de la escasa cultura cartográfica de España de los siglos XVI y XVII, penuria que se quiso colmar con la producción neerlandesa”.⁹ Por contraste, otro experto participante en el catálogo, R. Núñez de la Cueva, destaca la enorme afición a la cartografía y las matemáticas de

⁶ Para una información oficial española, cf. Ricardo Cerezo Martínez, *La cartografía náutica española en los siglos XIV, XV y XVI* (Madrid 1994). Es evidente el secretismo de la Casa de Contratación en materia de tierras nuevas descubiertas por españoles o extranjeros al servicio de la Corona; secretismo que duró al menos hasta el siglo XVIII, como se ve en el caso de algunos jesuitas alemanes (Strasser, Kirling, Meyer, Fritz y Erlacher) que visitaron las tierras colindantes con el cabo de Hornos a fines del XVIII y que fueron retenidos en el Puerto de Santamaría (Cádiz) cuando los demás expulsados partían para los Estados Pontificios en 1768, para mantener así el secreto cartográfico. El secuestro personal se había aplicado también a 28 expulsos que visitaron el norte de México. Cf. Walter Hanisch S. J., *Itinerario y pensamiento de los jesuitas expulsos de Chile, 1767–1815* (Santiago de Chile 1972), pp. 72–75.

⁷ Para el mismo príncipe Felipe traduciría Acosta la *Ciropedia* de Jenofonte, que quedó en manuscrito, hoy perdido; también le dedicaría ese mismo año del 1588 al propio Felipe II el tratado misional *De procuranda Indorum salute*, editado en Salamanca por Guillermo Foquel en 1588/89; y dos años después dedicaría la *Historia natural y moral de las Indias* a su hija Isabel Clara Eugenia, editada en Sevilla por Juan de León. Estos datos coincidentes hacen suponer al P. Acosta familiarizado con los mapas de Ortelius.

⁸ Simancas, Estado, legajo 3283, fol. 187.

⁹ Fernando Bouza (ed.), *De Mercator a Blaeu. España y la edad de oro de la cartografía en las diecisiete provincias de los Países Bajos* (Madrid 1997), p. 17. Sobre el tema, cf. idem, “Cultura de lo geográfico y usos de la cartografía entre España y los Países Bajos durante los siglos XVI y XVII”: ibidem, pp. 53–72.

Carlos V y Felipe II, protectores de personajes como Jacob van Daventer, Gemma Frisius y Mercator, prohombres de la Universidad de Lovaina; Ortelius, colaborador de Mercator; o el propio Esquivel, catedrático de Alcalá. Esos reyes les encargaron cuadros, premiaron sus globos e instrumentos científicos, discutieron con ellos al respecto, les nombraron empleados de la Corona con sueldo, etc. Al menos, los reyes (también el “rey planeta”, como le titulaban a Felipe IV) estaban vivamente interesados en la representación cartográfica de sus dominios (véanse los dibujos de Madrid del arquero real Henrich Cook, o los de las ciudades españolas del holandés contratado Antón van den Wingaerde). Patrocinaban, pues, trabajos cartográficos hechos, o los mandaban hacer *ex professo*.¹⁰

Hay algo en el propio estilo personal de gobierno de Felipe II enormemente representativo: su preferencia por los escritos minuciosos, por los archivos bien guardados y su evitación de las imágenes gráficas y ediciones abiertas al gran público. En la monotonía intimista preferida por el Rey para sus informes – y tal vez en su etiqueta sobria de corte – se adivina un trasunto de los textos españoles, publicados sin mapas ni dibujos. Este secretismo gráfico oficial, que pudiera considerarse justificado para los mapas y documentos cartográficos – aunque ya se ha visto que se trata de una privacidad gráfica connatural, no necesaria ni inducida –, se revela totalmente inexplicable para los demás informes contenidos en las crónicas de Indias, sin ilustraciones de tipo descriptivo o narrativo: su contenido no parecía requerir el secreto; pero era un hecho innegable. Así, afirma Santiago Sebastián al comienzo de su obra¹¹ que, frente a la multiplicidad y perfección

¹⁰ No todos los encargos se conservan en España, aunque se trate de cartografía peninsular. Justamente, en octubre del año 2002 informaba la prensa del feliz encuentro de 173 ilustraciones cartográficas a color de las costas de España y Portugal, realizadas entre 1622 y 1631 por el cosmógrafo portugués Pedro Texeira, al servicio de Felipe IV, bajo el título de “Descripción de España y de las costas y puertos de sus Reinos”, que publicó la editorial Nerea: Pedro Texeira, *El Atlas del rey planeta. Con estudios de R. Kagan, F. Marías y F. Pereda* (Madrid 2002). Fue encontrado casualmente entre los manuscritos preciosos de la Biblioteca Nacional de Viena, hace tres años, por los historiadores del arte Fernando Marías y Felipe Pereda, y se ignora el motivo de su llegada a este archivo, tal vez como regalo real. Aunque desconocido hasta hace poco, les parece a los editores “el proyecto cartográfico más importante del siglo XVII” (*El País* 31 de octubre 2002).

¹¹ Santiago Sebastián López, *Iconografía del indio americano, siglos XVI–XVII* (Madrid 1992), p. 1.

técnica de los grabados alemanes (especialmente a fines del XVI, con la talla dulce del famoso flamenco Theodore De Bry, muy superior a las xilografías tradicionales), los escritos americanistas españoles carecían de gráficos: “España descubrió América y la conoció mejor que otro país europeo, y pese a las muchas crónicas que se escribieron hubo un tácito silencio visual”. Efectivamente, las primeras crónicas de Indias (Colón, Cortés, Mártir, Vespuccio, y otros) no llevan ilustraciones en las ediciones españolas, sino en las europeas; especialmente en las alemanas, el país madre de la imprenta. Solamente llevaron grabados excepcionalmente unas pocas crónicas de Indias, como las de Fernández de Oviedo (*Sumario* de 1526, e *Historia* de 1535 y 1547, segunda parte), Cieza de León (1554, en la edición de Amberes), López de Gómara (1554, 2a ed. de Zaragoza) o Antonio de Herrera (1601, solamente en la portada de sus cuatro tomos). Son ilustraciones técnicamente torpes (xilografías) cuando no son, como en el caso de Gómara, reproducciones vagas e irreconocibles de ciudades o paisajes tópicos (desembarcos, batallas, murallas, etc.), empleadas anteriormente por la misma casa editora de Zaragoza en la traducción de fuentes romanas, de Tito Livio concretamente, en 1520, aún así no originales, sino copiadas de la edición alemana del historiador romano (Maguncia 1505). El propio estilo pictórico de este caso excepcional es medievalizante por la manera como reproduce la realidad y los vestidos, lo que se contradice con el profundo modernismo renacentista del texto escrito.¹² La excepcionalidad de los grabados en la segunda edición gomariana de 1554 en Zaragoza se destaca editorialmente en el mismo subtítulo de la obra, donde promete “muchas figuras que en otras impresiones no lleva”.¹³

¹² Cf. ibidem, pp. 49–67. Antes de morir, Sebastián dejó escrito otro libro sobre estos temas, siendo complementado hacia los tiempos medievales por su amigo Moffitt: John D. Moffitt/Santiago Sebastián López, *Brave New World. The European Invention of the American Indian* (Albuquerque 1996). Tal vez sea de interés, para obtener una explicación del a-grafismo particular de los textos españoles, considerar que, coincidentemente de época, existió una escuela pictórica española de gran personalidad, sobre la cual se discute aún si le caracteriza el realismo o el simbolismo. No parece tratarse, en todo caso, de una imposibilidad técnica o artística, sino de una preferencia textual. De otro lado, como ha demostrado Pieper, *Die Vermittlung* (nota 3), los lugares como Flandes o Alemania, donde se preferían los libros ilustrados, eran lugares con menos información americana que España, Portugal o Italia.

¹³ La única excepción sería la obra de Fernández de Oviedo, quien además resulta ser prácticamente el único escritor europeo que es también autor de sus dibujos, que fueron hechos después de una experiencia de treinta años en el Nuevo Mundo. En este

3. PRESENTACIÓN DEL AUTOR Y SU OBRA INDIANA

José de Acosta es un conocido escritor español con una vida muy agitada y productiva, dado que viajó al Nuevo Mundo por diecisiete años

caso, no se trata de simples “estampas” para el lector impaciente con la sola lectura, sino al contrario, un complemento insustituible de la descripción literaria; a pesar de ser muy torpes, casi borradores, están controlados por él dentro del mismo texto, al servicio de él. Pero su propia excepcionalidad se confirma en su recepción y en su propia gestación. Las dos ediciones españolas de la *Historia general de Oviedo* han dejado a un lado prácticamente tales dibujos originales, aunque fueron hechas ambas por miembros de la Academia de la Historia (Amador de los Ríos y Pérez de Tudela), sede donde justamente se encuentra parte notable de los originales. Los estudios que se le han dedicado a estos dibujos siguen residiendo en el extranjero (EE.UU., con Sturtevant y Turner; o Inglaterra, con la tesis de Carrillo en Cambridge). Incluso, en el caso de Fernández de Oviedo, como autor, su elaboración hubiera sido incomprensible sin las peticiones y presiones de sus viejos y prestigiosos amigos italianos Andrea Navagero, Pietro Bembo y el propio Ramusio, que reprodujo 21 de ellos, en el tercer volumen de sus famosas *Navigazioni e viaggi* (Venecia 1556).

Para el período del siglo XVI, en especial para el contenido etnográfico de los dibujos, es un excelente estado de la cuestión el minucioso trabajo de William C. Sturtevant, “First Visual Images of Native America”: Fredi Chiapelli (ed.), *First Images of America. The impact of the New World on the Old*, vol. 1 (Berkeley 1976), pp. 417–454. Recoge en orden cronológico 42 casos de ediciones o representaciones gráficas de interés americano entre 1502 y 1590, justamente antes de las famosas reproducciones de De Bry, iniciadas en 1590. Como dice Sturtevant, Oviedo reunió unas 22 ilustraciones de valor etnográfico, de un total de 55 dedicadas más bien a la historia natural, y las fue ofreciendo paulatinamente en su primera edición naturalista de 1526 (una hamaca y una barbacoa), nueve más en su edición de la primera parte de 1535, de diecinueve libros (tres vistas de una sonajera de tiras, un tubo de esnifar tabaco, dos tipos de casa, un hacha de piedra, un indio manejando una canoa y una escena de coger oro). En 1547 se publicó un nuevo libro, con un campamento patagón y una casa indonesia. Inéditos quedaron nueve más: un “cubrepeña” de La Española tras el contacto, un palo arroja flechas (*atlatl*, de origen Cueva), un dardo silbador, una casa grande panameña, una escena de dos canoas indias amarradas para llevar caballos españoles y un curioso columpio en la plaza de Tezoatega (Nicaragua). Sturtevant dedica una amplia nota a precisar la ubicación de los originales y ediciones de tales dibujos, llegando a la conclusión de que no están bien estudiados ni publicados.

Posteriormente, se le han dedicado estudios detenidos como la tesis doctoral de Jesús Carrillo, *The representation of the Natural World in the Early Chronicles of America: The ‘Historia General y Natural de las Indias’ by Gonzalo Fernández de Oviedo* (Tesis, King’s College/University of Cambridge 1997), y un avance en idem, “Taming the visible: Word and image in Oviedo’s *Historia general y natural de las Indias*”: *Viator. Medieval and Renaissance Studies* 31 (2000), pp. 399–431. En ella se muestra la formación europea de Oviedo, así como la originalidad de su empresa gráfica, torpe técnicamente pero no semánticamente. Justamente su torpeza artística es valorada como consecuencia de su intención analítica, al servicio del texto: por eso van intercalados en el texto, que se interrumpe para poner ejemplos precisos.

como misionero jesuita, visitando las Antillas, México y sobre todo Perú – donde pasó cerca de quince años. Su llegada al Perú tuvo lugar en 1572, en una de las primeras expediciones en que fueron jesuitas al país. Estudiante y predicador brillante, se le proponía pasar a sustituir al cardenal Toledo en el colegio jesuita de Roma, luego llamada Universidad Gregoriana, pero prefirió a sus 30 años ser destinado de misionero en el Nuevo Mundo.

Cuando le escribe al virrey Toledo, el general jesuita Francisco de Borja (amigo personal y cortesanos ambos en tiempos de Carlos V) le dice que le envía “algo de lo bueno que aquí tenemos”. Ocupó, pues, Acosta papeles de importancia dentro de la Compañía de Jesús peruana.¹⁴ El evento más importante de su estancia en Perú, sin duda, fue su participación protagonista en el III Concilio Limense (1582–83), donde se organizó la vida religiosa del virreinato por el resto del período colonial, con gran influencia en los demás enclaves hispanos.¹⁵ Acosta siempre tomaría notas personales de su variada fauna y flora, y de las formas de vida tradicionales (religiosas, económicas o de fiesta), de las cuales nos informa minuciosamente en su libro más famoso, la *Historia natural y moral de las Indias* (Sevilla 1590). Habiendo encontrado autorizados pobladores más antiguos, tomaba nota también de sus informes o les pedía que le diesen copia (como hizo con Polo de Ondegardo, residente en Sucre y en Cuzco), e incluso les pedía que lo elaborasen para él, como el valioso códice indígena elaborado en México por el jesuita Juan de Tovar: nos lo transmitió por partes en su *Historia*, y gracias a él aún se halla disponible en la John Carter Brown Library en Providence, EE.UU.

Ahora nos interesa de Acosta su *Historia de las Indias*, la única obra que publicó en castellano y que fue pronto traducida al italiano (1596), al francés, alemán y al holandés (1598), nuevamente al alemán (1601), al latín (1602) y al inglés (1604); asimismo, se hicieron, gene-

¹⁴ Provincial entre 1576 y 1582 y rector del colegio jesuita de Lima en otras ocasiones, debiéndose a él la creación y organización de la famosa doctrina jesuita de Juli (a orillas del lago Titicaca), donde se ensayarían los métodos jesuitas de “reducciones” luego empleados en el Paraguay. Asimismo, creó el Colegio de San Martín en Lima, donde se ha educado luego la mayor parte de la intelectualidad peruana en la colonia.

¹⁵ La biografía principal fue establecida en una tesis doctoral de la Gregoriana: León Lopetegui S. J., *El padre Acosta, S. J., y las misiones* (Madrid 1942), y en numerosos artículos posteriores. Falta por hacer una verdadera biografía, aunque es un buen avance Claudio M. Burgaleta, *Jose de Acosta, S. J.. His Life and Thought* (Chicago 1999).

ralmente, varias ediciones de cada una, así como algunos resúmenes en libros de viaje. Sin exagerar nada, pues, se trata de una de las obras más leídas en su tiempo sobre el Nuevo Mundo y sus habitantes – con toda seguridad es en la actualidad la crónica de Indias más reeditada, con varias copias editoriales actuales a la venta –, y todavía hoy se le reconoce un valor excepcional por ocuparse solamente del aborigen, desentendiéndose de la historia europea en el Nuevo Mundo. Hablaremos de la obra, su valor y de sus traducciones, algunas de las cuales incluyen dibujos que no estaban en el original.

La obra se compone de siete grandes apartados o libros, cada uno de ellos con un promedio de 30 capítulos. Los cuatro libros primeros son llamados “historia natural” de las Indias y se ocupan de las características novedosas en los ámbitos climático (temperaturas y lluvias) o geográfico (ríos, volcanes, orografía, etc.), y de todo cuanto se refiere a los llamados “reinos” naturales (minerales, plantas y animales). Al P. Acosta le preocupan las novedades de los productos americanos; intenta conciliar lo que conoce de ese Nuevo Mundo con las antiguas creencias cristianas, que afirman la creación simultánea por Dios del mismo mundo, el Nuevo y el Viejo. Lo que importa más ahora es la parte de la obra que tiene que ver directamente con el hombre americano, es decir, los tres libros últimos de su *Historia indiana*: el libro V se refiere a los fenómenos religiosos (dioses, lugares sagrados, sacerdotes, sacrificios de todo tipo, fiestas anuales, rituales, etc.); el libro VI a los calendarios, tipos de escritura, obras públicas de edificios y comunicación, organización política y económica, artes, danzas, etc. A todo ello llama el autor en su tiempo “policía”, hoy diríamos “civilización”. El libro VII, o último, se ocupa de la “etnohistoria” mexicana, contando detalles de la llegada “prehistórica” de los diferentes pueblos al Valle de México, de acuerdo a un programa previo de sus dioses. Ello recuerda al P. Acosta mucho a la historia bíblica del pueblo judío: en especial, por peregrinar a través del desierto luchando con pueblos diferentes hasta encontrar la tierra prometida.

En la manera de contarnos el autor lo que sabe del mundo indígena, va alternando lo que le cuentan con su propia experiencia, y lo del Nuevo Mundo con lo del Viejo, acudiendo numerosas veces a comparaciones tanto del tiempo presente como de la antigüedad clásica. La obra resulta así instructiva y aleccionadora, al mismo tiempo que entretenida, y justifica el éxito editorial que alcanzó desde su misma aparición. Su éxito fue mayor en el extranjero – si cabe – que en España,

debido a que en castellano existían ya otros numerosos informes, en gran parte anteriores, sobre los mismos territorios americanos y asiáticos. No obstante, conviene decir que en la propia España eran desconocidas obras sobre el mundo amerindio que hoy consideramos fundamentales (Sahagún, Landa, Durán, Tovar, Mendieta, Cieza de León – segunda parte –, Las Casas – *Apologética* –, Polo de Ondegardo, Cobo, Betanzos, y otros).

En otros países europeos no había la misma cercanía a las fuentes de información y se dependía todavía más de algunos pocos textos generales donde se compendaban noticias de varios años y territorios (Pedro Mártir, Fernández de Oviedo, López de Gómara). Estos libros tuvieron una amplia circulación europea, como posteriormente la obra de Acosta. El éxito de ésta provenía no solamente de esta amplitud informativa de miras, del carácter compendioso de otras noticias (Polo, Tovar, Cortés, Cabeza de Vaca, Monardes, Hernández, etc.) y de su espíritu filosófico y comparado. La obra resultaba atractiva también por centrarse en el “mundo natural” americano, tanto en el sentido de los productos naturales de interés para los europeos como por hablar de sus propios habitantes. A él se debe, en gran parte, el éxito del modelo de “historias naturales y morales” que se escribirían y publicarían reiteradamente durante los siglos XVII y XVIII, la mayor parte de las veces sin mencionarle.¹⁶

4. LA TRADUCCIÓN ALEMANA DE THEODORE DE BRY (1601–2)

La obra histórica de Acosta puede abordarse directamente a partir del texto mismo, naturalmente, pero también cabe hacerlo desde la influencia ejercida en otras; lo que añade información sobre la obra y sobre el campo de recepción. Se trata de un problema más complejo, pues hay que definir bien el “contexto” propio de una obra y también el diferente y variado de sus lectores posteriores. Una traducción – como toda recepción intercultural – pone en juego a dos culturas, ya se trate de dos individuos, dos sociedades o dos religiones. Tratemos

¹⁶ Hemos dedicado a ello un simposio en el XXI Congreso Internacional de Historia de la Ciencia, celebrado en México en julio del 2001, aún inédito, bajo el título *Symposium 32: El género americano de las 'historias naturales y morales'. Un modelo cognoscitivo de la diversidad cultural desde el mundo latino*, coordinado por F. del Pino, L. López-Ocón y R. Chabrán.

de quienes lo “tradujeron” literalmente, dejando ver así la huella de su manera de comprenderlo. Vamos a presentar un caso único de traducción (al alemán y al latín), que tuvo lugar en años muy cercanos (1601 y 1602), con una excepcional reproducción de dibujos.

Cabía esperar que la traducción hecha por un protestante – el orfebre, grabador e impresor Theodore De Bry, flamenco arruinado tras la huida de Lieja en 1570 ante el avance de las tropas españolas – transformase el contenido o el sentido de la obra original, pero no ha sido así. Aunque es ya muy conocido de Theodore De Bry su papel principal en la difusión de varios libros de viaje, y particularmente de crónicas de Indias, merece la pena recordarlo aquí. Editó exitosamente dos series de textos conocidas como *Grandes viajes* y *Pequeños viajes*, siendo la primera una colección de trece tomos de tamaño grande dedicada al conocimiento del Nuevo Mundo, y la segunda de doce tomos y en tamaño poco menor dedicada a los viajes africanos u oceánicos. Aunque caras y de formato grande, se vendieron muchos ejemplares, de modo que cualquier biblioteca importante tiene algunos ejemplares de ellas. Las colecciones sufrieron varias reimpressiones y modificaciones, siendo la principal el uso de colores en los primeros seis volúmenes.¹⁷ Aunque la colección incluía la traducción de obras completas, lo novedoso de las mismas para su tiempo fueron sus reproducciones de dibujos, en forma de apéndices finales a los textos (que son justamente los que se han reproducido recientemente: 1976 en inglés, 1980 en holandés, 1990 en alemán y 1992 en español, con varias reediciones). Algunos especialistas como Gloria Déak¹⁸ han caracterizado su arte como “manierista”, destacando el uso de modelos clásicos en la figuración del mundo indígena y la búsqueda de preciosismos formales.¹⁹ Nosotros proponemos, haciendo caso a dos

¹⁷ Ver la reproducción final alemana de 1990: Theodore De Bry, *America De Bry, 1590–1634. Amerika oder die Neue Welt. Die ‚Entdeckung‘ eines Kontinents in 346 Kupferstichen*, Gereon Sievernich (ed.) (Berlín/Nueva York 1990); hay una traducción española, publicada por la Editorial Siruela, con varias reimpressiones: Theodore De Bry, *América: 1590–1634*, Gereon Sievernich (ed.), John H. Elliott (prol.), Adán Kovacsics (trad.) (Madrid 1992).

¹⁸ Gloria Déak, *Discovering America's Southeast. A Sixteenth-Century View Based on the Mannerist Engravings of Theodore de Bry* (Birmingham 1992).

¹⁹ Aunque la autora no lo menciona, nos permitimos recordar la discusión anterior acerca del valor esclarecedor de la otredad por parte del clasicismo (cf. nota 5). También a nivel de dibujos, la tendencia clasicista que se adopta sobre materiales exóticos produce, o es producto de, una actitud cristiana de apertura cultural.

conocidos autores franceses (estudiosos de De Bry y expertos en libros de viaje), atender a la conexión estrecha entre texto e imagen, aplicándolo al caso particular de José de Acosta, menos estudiado en general.²⁰

Eso nos proporciona, tal vez, la ocasión de estudiar un problema mayor como es la presencia o interferencia de la lucha religiosa o ideológica sobre los textos europeos acerca del Nuevo Mundo; e, incluso, otro de cierta relevancia heurística y metodológica, la presencia colateral de los textos respecto de las imágenes. No obstante, la recepción posterior – incluso la muy mediatizada por motivos ideológicos – no es independiente de la calidad original de la obra recibida, ni se desinteresa de su contenido. Podría decirse que la especificidad intelectual de una obra – en particular de una obra “clásica”, objeto de reiteradas “lecturas” – influye poderosamente en la difusión y recepción, y que su calidad propia puede “compensar” el peso de las otras fuerzas que interfieren en el proceso de recepción; en este caso la barrera ideológica. Los clásicos por definición soportan bien los viajes hermenéuticos, es decir, los consiguientes cambios de sentido ocurridos en las traducciones y lecturas. Creemos que la obra de Acosta se presta bien a este análisis “contextual”, como se verá, a pesar de apariencias en contrario.

Cuando la serie de *Grandes viajes*, inaugurada en 1590 (año que salió la *Historia indiana* de Acosta), llegó en 1601 y 1602 al tomo IX (versiones alemana y latina), los editores decidieron incorporar la obra completa de Acosta como parte final – lo justificaron por la calidad sintética de la misma –, seleccionando además catorce pasajes de la misma para dotarlos de dibujos. El interés particular de esta parte IX es que De Bry no contaba con modelos previos para sus dibujos de Acosta, de ningún tipo, lo que hizo pensar a algunos estudiosos que los había sacado del texto de Herrera, con dibujos propios en su edición original, y que por eso reprodujo De Bry algunos dibujos iguales

²⁰ Entre el examen estructuralista y mitológico de Bernadette Bucher, *La sauvage aux seins pendentes* (París 1977) – que enfatiza las oposiciones de los textos y dibujos de De Bry entre católicos y protestantes, y entre indios y conquistadores – y la propuesta comparada y más matizada entre texto e imagen, y entre una y otra escuela editorial, por parte de M. Duchet et al., *L'Amérique de Théodore de Bry, Une collection de voyages protestantes du XVI^e siècle. Quatre études d'iconographie* (París 1987), nos inclinamos por esta segunda como más fructífera interculturalmente y más apropiada al caso de Acosta.

en el tomo XII (extracción del oro en Potosí y transporte en llamas, pelea de mexicas y coyoacanos), junto con el texto de Herrera.²¹

Lo que era verdaderamente nuevo en la decisión de incorporar a Acosta es que se trataba de un autor católico (no protestante) que no tomaba la decisión de criticar a los españoles (como Benzoni o el P. Las Casas), sino la de hablar minuciosamente de los indios. Hasta entonces la colección se había alimentado de escritores protestantes:

1. Thomas Harriot sobre Virginia con dibujos de John White, para el volumen primero.
2. Texto y dibujos de Jacques Le Moyne sobre La Florida, para el II.
3. Textos y dibujos de Jean de Léry y Hans Staden sobre los indios caníbales de Brasil, para el III.
4. Texto histórico del dominico católico Girolamo Benzoni, de Milán, pero comentado por el ginebrino protestante Urbain Chauveton, donde los dibujos originales desarrollan particularmente el tema de la crueldad de los españoles sobre los inocentes indios. La obra tenía tres tomos, que ocupan las volúmenes IV, V y VI de De Bry, centrándose cada uno en episodios ocurridos en diversos territorios (Antillas, Centroamérica y Perú).²²
5. Texto descriptivo de Ulrico Schmidel sobre los indios amazónicos, que ocupa el tomo VII, con dibujos casi independientes del texto con incidentes del autor (que sale retratado en las escenas).
6. El tomo VIII lo ocupan nuevamente – como al principio – viajes ingleses por el Nuevo Mundo (Drake, Cavendish y Raleigh, con dibujos propios).

Cuando llegamos al tomo IX, se introduce la *Historia* de Acosta (siguiendo la traducción holandesa de 1598, a cargo de Jan Linschoten), completado el tomo con otros textos menores (navigaciones de Weert [1598–1600] y otras de Noort), en forma de apéndice. A partir de este tomo IX, los subtítulos y leyendas de imágenes están cada vez

²¹ Es Herrera quien saca los temas de Acosta, simplemente, *ad literam*. Pero este asunto nos llevaría lejos analizarlo, pues la obra de Herrera ha sido muy discutida por estos “préstamos”, y porque, a su vez, en sus traducciones europeas se le añadieron al texto de Herrera dibujos de De Bry, que levantaron polémica libresca en España.

²² Aquí parece que se acaba la intervención protagonista del padre (Theodore), y a partir de aquí le suceden sus hijos (Juan Teodoro e Israel), quienes se le han unido como editores desde el tomo V.

más alejados del texto: los restantes tomos contienen navegaciones diversas donde nunca se hallan ya los indios a solas, ni a veces siquiera están presentes. Alternan en ellos viajes ingleses y los de otras nacionalidades – holandeses sobre todo –, con presencia considerable de batallas navales; únicamente el tomo XII vuelve a recoger descripciones históricas detenidas del cronista Herrera y algunas otras descripciones de América y de los americanos (con algunas planchas repetidas respecto del IX, pero con otra leyenda).

Lo más original de las ilustraciones del caso Acosta (tomo IX) es que en ellas no salen más que los indios, de principio a fin, y que no contienen escenas sobre crueles soldados españoles ni indios sangrando, sino sólo costumbres indígenas del Nuevo Mundo (de Perú y México) y de Japón, tratadas de modo muy minucioso y hasta respetuoso, y “contadas” de acuerdo a una lectura atenta del tratado de Acosta. La propia neutralidad del caso presente en la colección de De Bry (dentro de una serie militante, como anticatólica) es la que explica, tal vez, que la obra del P. Acosta carezca de la mención de su nombre propio (aunque en el proemio al lector, que también se copia, se alude vagamente a un anónimo autor jesuita). Y de esa manera anónima es como se agrega a la serie como obra “informativa”, neutralmente creída y bien encajada a la otra mitad de textos de De Bry, en que sus autores protestantes cuentan con cierta libertad sus noticias sobre los indígenas del Nuevo Mundo, destacando a veces su canibalismo proteínico y otras veces – no siempre – acusando de crueles sacrificadores de inocentes a los conquistadores católicos, los españoles – “cuasi caníbales” ahora, *apud* Montaigne. El traductor destaca la calidad y el contenido de la obra de Acosta (aunque oculte su nombre), comentando en el proemio del autor original – donde Acosta señalaba el mérito de su obra – que trataba de noticias de la naturaleza americana y de los indios, dignas de curiosidad, y no de la Conquista:

“Entonces vemos que ésta es una obra perfecta en si misma, obra que describe de manera sistemática por primera vez todas las calidades de todas las Indias Occidentales. No digo yo toda la historia, cómo lo han conquistado los españoles y lo que pasó durante esta conquista (todo ello ha sido descrito de manera muy amplia en nuestras partes IV, V y VI), sino, como he dicho más arriba, lo que concierne a la naturaleza de estas Indias y al gobierno de estos pueblos en lo espiritual y lo político, *que han sido tratados en las historias precedentes solamente de manera superficial, o muy general, pero que aquí van a ser amplificadas y detalladas*. Además, por esta razón nos ha parecido bien de adjuntarle a esta novena parte de América, al final y como apéndice de todas las historias, un decorado con bellas figuras esperando que

el aficionado de comprender estas curiosas historias – y sin embargo verdaderas, aunque sean extrañas – me lo agradezca, ya que el editor se ha dado mucha molestia y gasto de su parte”.²³

5. VALORACIÓN COMPARADA DEL TEXTO Y LOS DIBUJOS DE DE BRY. ¿UN TEXTO GRABADO?

Vamos a centrarnos en el aspecto etnográfico de la imagen en estrecho cotejo con el texto, haciendo caso del punto de vista que propusieron M. Duchet y D. Defert en 1987 – especialmente éste, en su interesante texto de interpretación iconográfica –, aunque ninguno de ellos analizó el caso de Acosta. No estamos, pues, de acuerdo con Duchet en cuanto a los textos más pertinentes para el análisis etnográfico, sino más bien en el punto de vista donde centrar el análisis, la relación entre texto e imagen, o dibujo. Para Duchet, la obra de De Bry no es pura imagen, sino un “texto grabado”, como se titula su propio trabajo.²⁴ Unas cuantas frases de su texto expresan sus preferencias analíticas:

“La colección de De Bry marca, pues, un momento privilegiado en la historia de las colecciones. Los relatos, comentarios y leyendas no son ‘ilustrados’ por el grabador; no se trata de un libro ilustrado, como se dice demasiado fácilmente [... respecto de] grabados que eran como sustituto del texto [...] *Su convicción era que ‘la imagen es necesaria al texto*, como complemento, como una luz viva proyectada sobre el relato o la historia’ [...] Así, nada está en la imagen que no esté en el texto, sin que la imagen se reduzca jamás a sus elementos propiamente textuales [...] Con Teodoro de Bry la imagen, tomando el texto como soporte, acusa su fidelidad al modelo original de quien llena los vacíos y acusa las estructuras [...] Porque el texto es no solamente el soporte de la representación, sino incluso su indispensable suplemento. En nuestra opinión, sería cosa un tanto ilusoria en un estudio de los grabados de la colección De

²³ Nuestras la cursiva y traducción del latín (y del alemán, que debo a Roswita Kramer, en 1993, en que fuimos ambos *fellows* invitados de la John Carter Brown Library). Llamo la atención a la conexión íntima que el editor establece entre el texto de Acosta y las catorce imágenes, en cuanto dedicadas al “aficionado de comprender estas curiosas historias”. Los comentarios de ediciones abreviadas posteriores de De Bry (1617 y 1618) insisten, asimismo, en diferenciar este valor especial de la obra de Acosta; a tener en cuenta que el tomo IX se subtitula *Postrema pars*, concebido como último volumen de la serie destinado a coronar el edificio, aunque luego decidieron sacar cuatro volúmenes más, añadidos por los hijos de Theodore.

²⁴ M. Duchet, “Le texte gravé de Theodore de Bry”: idem, *L’Amerique* (nota 20), pp. 9–46.

Bry – así como de la vasta nebulosa de que forma parte – prescindir del socorro, del recurso del texto [...]”²⁵

Dejaremos, pues, a un lado el aspecto ideológico de la confrontación entre los países católicos y protestantes, en que tanto se ha insistido, menospreciando el gran mérito de toda la vasta empresa de la serie de De Bry. Es ya la hora de cotejar estrechamente textos e imágenes, y de procurar entender por qué ambos – texto e imagen – incluyen tantas veces las mismas descripciones minuciosas y de primera mano sobre los indígenas americanos.

Por lo que hace a los países centroeuropeos, de los cuales la serie De Bry podría figurar como prototipo de su característica “representación” americana, me pregunto, además, por la posible relación de esta perfección del dibujo con su pobre infraestructura “comunicativa” con el Nuevo Mundo (*apud* R. Pieper); es decir, me pregunto si la ilustración gráfica más frecuente en sus traducciones de crónicas españolas de Indias no se corresponderá precisamente con esta necesidad de explicación física (de los objetos o de los referentes de lugar y situación geográfica) por parte de un público menos familiarizado con los cosas de las Indias, que necesita – en compensación – ser “ilustrado” con representaciones.²⁶ En todo caso, las traducciones alemanas de De Bry sobre libros de viajes y tratados como el de Acosta (que cumplió el papel de “enciclopedia” etnográfica complementaria del conjunto) sí tuvieron una repercusión culta, además de la popular esperable. Como dijo Donald Lach,²⁷ especialista reconocido en viajes europeos al continente asiático:

“Las colecciones alemanas [de viajes] del XVI [...] preparadas principalmente por impresores y grabadores [...] que aparecieron en Frankfurt tras la mitad de siglo fue-

²⁵ Ibidem, pp. 6, 9, 13, 21 y 34. Traducción y cursivas nuestras.

²⁶ No todas las traducciones alemanas de Acosta tuvieron ilustraciones, solamente las alemanas de De Bry (1601 y 1602, y otras reimpressiones de esta misma colección en 1617 y 1618), y la segunda holandesa de 1624. Pero hubo otra traducción alemana en 1598–1600, sin imágenes, en la católica Colonia, que aprovechó primeramente la versión latina del propio Acosta (libros I y II), que se reeditó en Colonia en 1596 (*De natura Novi Orbis* [Salamanca 1588]). Hubo también una reedición parcial en Colonia en 1612.

²⁷ Lach representa para el estudio de las fuentes europeas sobre Asia, tal vez multiplicado por la exhaustividad de su decena de volúmenes y la ambición de sus excelentes “estados de la cuestión”, un intento de valoración global (por etapas, por territorios, por grupos de informantes, etc.) inalcanzado en el caso americano. Se distingue entre informes de distintas épocas, naciones, profesiones y estados (manuscritos, cartas, ediciones, etc.), ofreciendo valoración sopesada para cada caso.

ron diseñadas como ejemplos entretenidos y vistosos de literatura. Fueron producidas en formatos atractivos, en varias lenguas y con una profusión de grabados ilustrativos [...] Al devenir un producto de mercado [...] en tanto que literatura popular, probablemente contribuyeron significativamente a la difusión de la información sobre los mundos ultramarinos, particularmente en el norte europeo [...] Lo más impresionante fueron los grabados de pueblos, escenas y mapas, muchas de ellas altamente imaginativas. Los compiladores alemanes estuvieron preocupados primariamente con la edición de relatos de viajes que agradasen al gusto popular por lo remoto y lo exótico. Pero independientemente de los propósitos iniciales, la edición y difusión de grandes colecciones hizo accesible un cuerpo vasto de literatura que otros podrían consultar fácilmente y usar para propósitos muy diferentes. Para decirlo simplemente, hacia 1600 los archivos de viaje, aunque no completos, quedaron listos y a la espera para el estudio de los ilustrados en varias lenguas y para el placer del público letrado²⁸.

6. LA PARTE DE DE BRY DEDICADA ESPECIALMENTE AL P. ACOSTA

De los catorce dibujos incluidos al fin del texto de Acosta pueden distinguirse varios tipos de agrupamientos.²⁹ La mayor parte trata de México y otros de Perú, que son los países principalmente estudiados por el P. Acosta, pero ha incluido también alguno de Japón (el 10), recogiendo el interés comparado del autor – y del traductor holandés – por las Indias orientales (China y Japón). Por otra parte, aunque le interesan particularmente los que afectan al campo puramente indígena del Nuevo Mundo, también incluye alguno del mundo colonial, en particular del Perú, menos representado en la muestra que México (el 3 y el 4, sobre minería y transporte de la plata de Potosí). También

²⁸ Traducción nuestra de Donald Lach, *Asia in the making of Europe*, vol. 1: *The Century of Discovery. Book one* (Chicago 1965), pp. 215–217. La elección de Acosta por De Bry venía tal vez propiciada por el tratamiento muy favorable dado a su texto por el traductor holandés Jan Huygen van Linschoten – modelo seguido por De Bry, que le cita en la portada – quien había tenido una experiencia personal positiva con la administración colonial española en la India. Entre los numerosos traductores de la obra de Acosta sólo Linschoten había hecho en 1598 notas personales al texto, generalmente con respetuoso cuidado (aparte de tratarse de la traducción más lujosa y ajustada al original).

²⁹ Dadas las limitaciones de espacio, no podemos ofrecer todos ellos. Hemos elegido reproducir un tercio, con su dibujo y texto original (3, 4, 5 y 12), por ser los dibujos más representativos para la problemática que queremos plantear. Agradecemos la cesión de este espacio de la revista *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*.

cabe clasificarlos por el tema de que versan. De los catorce, encontramos los cuatro primeros formando parte del mundo ordinario y material (pesca el 1, puentes el 2, minas el 3 y transporte el 4), y el resto son más bien del campo religioso, tanto de rituales (un funeral el 5, una cacería en romería el 6, tres de sacrificios – el 7, 8 y 9 – y uno final sobre el modo de confesión japonesa, el 10) como de historia mitológica, siendo tal vez éstos los más difíciles de reproducir gráficamente (12, 13 y 14). Habría luego uno difícil de clasificar, el 11, que se trata de bailes (a medias religiosos y profanos).

Los cuadros tienen originalmente una explicación particular a pie de foto, que recuerda esencialmente la referencia temática al capítulo de la obra en que se halla la descripción. Pero, si uno no atiende particularmente al texto original de Acosta (que hemos seleccionado nosotros y que reproducimos a continuación de cada cuadro), puede perderse una parte del significado y del minucioso detallismo del cuadro (“texto grabado”, en boca de M. Duchet). No siempre se puede apreciar a simple vista todo el mérito del dibujo siguiendo el pie de foto, y se verá bien que el autor del cuadro ha leído cuidadosamente el texto de Acosta, más amplio.

En general, los dibujos que tratan del mundo material (la pesca, los puentes, la minería o el transporte de plata por la sierra, en los números 1, 2, 3 y 4) resuelven más fácilmente los problemas de representación que plantea el texto, mejor incluso que las explicaciones a pie de foto. La habilidad de la pesca de ballenas con balsas – a cargo de un solo pescador – y la de caza menor con redes – entre varios pescadores – en el cuadro 1, o la enorme dificultad física de trabajar las minas, e incluso la filosofía especialmente anti-minera del autor Acosta (acentuando gráficamente los tintes negros de la mina, y el cansancio de los porteadores), es captada perfectamente en el cuadro 3 por el dibujante de la casa de De Bry. Lo mismo cabe decir de lo afanosos que se encuentran en el cuadro 2 los indios portando viajeros, o pasando ellos mismos los ríos con medios simples pero eficaces. O también, por el contrario, lo logra a la perfección cuando destaca en el cuadro 4 la alegría y economía de la conducción de llamas en la sierra peruana (que aparecen siguiendo obediente y sobriamente a los conductores). Tal vez se deba todo a la mejora técnica lograda con su nueva tecnología del cobre, porque sería cosa difícil representar una gran parte de ellos con métodos de grabados que no sean el de “la talla dulce”, como las tallas en madera anteriores.

Hay que fijarse en la cantidad de detalles acumulados en cada uno de estos cuadros para valorar justamente el esfuerzo particular desplegado por De Bry y el grado exitoso como lo consigue al reflejar el más mínimo detalle de la descripción del autor. Llamo la atención sobre los dibujos 3 y 4 (minería y transporte de la plata peruana en llamas) para buscar en ellos cómo cada cuadro corresponde fielmente a la descripción textual en cada caso: escaleras que permiten subir a tres portadores; lugar especial para el descanso, junto con el material de que está hecha la escalera (cuero retorcido y madera); y, por sobre todo, la impresión general negativa de la oscuridad y profundidad de la mina. En la parte externa de la mina aparecen dos portadores de llamas llevando la plata fuera, preludiando el cuadro siguiente. Aquí, en el 4, se observan todos los detalles descritos previamente por Acosta: conducción de un español y un indio, simultáneamente; llamas que se atraviesan en el camino o se echan al suelo y que hay que consolar; llamas paciendo tranquilamente en cada tramo del camino o, al contrario, subidas en las peñas, donde hay que rematarlas para que no pierdan la plata; hasta la mirada ceñuda de la llama, que Acosta destaca, la recoge el cuidadoso dibujante. Cuando se trata de descripciones materiales y objetivas no hay imposibles problemas técnicos que deba resolver De Bry. Lo mismo sucede en el número 11, cuando Acosta describe cada una de las proezas deportivas de los danzarinés mexicanos. Hay veces, como digo, en que el dibujo guarda más el “espíritu” del texto original que el breve subtítulo al pie, incluso en cosas religiosas de tipo ritual, como cuando en el cuadro de la caza (el 6) se recuerda que se trata de una romería religiosa y no de un sistema de caza simplemente, como parece sugerir el breve texto adjunto. Estos detalles parecían difíciles de reflejar, por su carácter de simple sentimiento interno, de impresión subjetiva (respectivamente de alegría festiva en el 6, o de miedo en el 10), pero la habilidad del grabador los ha superado favorablemente.

Otra cosa se supone que ocurre en general en las escenas religiosas, especialmente en aquellas en que se narra un mito antiguo. Se podría decir que en el cuadro 12 de De Bry se conserva el “espíritu” textual original cuando usa las ondulaciones del río en el horizonte y el aplanamiento del paisaje cercano, que lo permite, para representar todas las fases minuciosas de la narración mitológica mexicana (migración en busca de Tenochtitlan, crecimiento urbano, impuestos excesivos del rey enemigo de Azcapotzalco, etc.). En este dibujo, el grabador distin-

que bien los planos: uno cercano donde se divisa en primer lugar el tributo (con cosecha apretada y variada pero bien ordenada dentro de una balsa), para luego dibujar al fondo un río que se desliza por campos cultivados y entre gente que prepara sus casas o que avanza entre la hojarasca alta en busca de la ciudad prometida de Tenochtitlan (literalmente, “árbol de la tuna sobre una piedra”). Compárese el dibujo con el largo texto de Acosta, en dos capítulos aquí refundidos en un solo cuadro, para ver el gran mérito del artista flamenco en reflejar los más pequeños episodios incluidos. Algo parecido ocurre en el 13, cuando los mexicanos se ven burlados de los coyoacanos en que les obligan a volver vestidos de mujeres después del convite engañoso en que se encuentran, apareciendo al fondo la reacción vengativa, quemándole sus templos; o en el 14, cuando el hermano del rey mexicano Moctezuma prefiere morir despeñado a ser nombrado rey de sus enemigos los chalcas, que le tienen preso. Se emplea aquí la altura de un estrado para reflejar el valor o el miedo.

Cuando el pintor no puede emular del todo el carácter etnográfico del texto y su minuciosa “reconstrucción” del proceso ritual y del ambiente nativo es en el cuadro 5 (lo mismo acaso podríamos decir de otros cuadros, como el 7, 8 y 9 sobre penitencias, sacrificios de prisioneros, y de prisioneros divinizados por un año). Cuando se trata de reflejar la “reciprocidad” entre vivos y muertos (alimentándose unas familias a otras en el funeral) y, sobre todo, la reciprocidad entre lo divino y lo humano (tratando los sacerdotes a los muertos como representantes de sus particulares ídolos o dioses), el cuadro debe mantenerse en una simple distribución de las fases del entierro (véanse las frases en negrillas por nosotros en el texto de Acosta para buscarles luego un imposible correlato en el cuadro). La pintura no sirve para nada, en este caso, a la hora de lograr un nivel de “descripción densa” (que diría Clifford Geertz, es decir, interpretativa en profundidad) y sólo es un pálido reflejo del texto. Lo mismo ocurre en parte cuando en el dibujo 7 se confunden las penitencias de sacerdotes y fieles comunes: estos últimos no aparecen en el cuadro, a pesar de ser el referente necesario del esfuerzo de los sacerdotes. El cuadro 8, que podría ser el climax de la emoción ritual (porque decenas de prisioneros son sacrificados y comidos por sus captores delante de la masa del pueblo mexicano, que identifica a sus dioses voraces y sanguinarios con la subyacente vitalidad del mundo), se queda, sin embargo, en una mera acumulación, cuasi mecánica y repetitiva, de sacrificio de esclavos.

vos. Finalmente, el número 9, en que dos o tres rituales de sacrificio se intentan reflejar al mismo tiempo, produciendo la pérdida del sentido cíclico y recíproco del proceso mexicano de sacrificios a sus dioses.

7. CONCLUSIÓN

A modo de conclusión evidente, aunque tal vez necesitada de más espacio y especificaciones, cabe recordar ahora lo más importante de todo lo que hemos querido manifestar con esta – tal vez larga – introducción a la serie de cuadros. Destaquemos al menos dos consecuencias importantes. Primero, el grabador flamenco De Bry no fuerza los textos españoles ni les añade un significado nuevo o falso, contra lo que se dice, tal vez, demasiado frecuentemente. Sobre todo, esto queda claro ahora en el caso de Acosta, con el que solamente se comete el atentado de quitar su nombre; tal vez no sea tan grave, pues todavía es cometido en algunas reproducciones actuales de los cuadros, como por ejemplo en la reproducción holandesa de 1980.³⁰ Como decíamos al principio, los buenos textos parece que logran conservar su sabor incluso en esta traducción, que es de carácter doble: de lengua (del español al holandés, y de ahí al alemán y al latín) y de recurso expresivo (el dibujo, respecto del texto). Segundo, contra lo que se piensa normalmente en la historia de la ciencia – sobre todo en el caso de las ciencias humanas y sociales –, los dibujos bien acabados, que lograron efectivamente aumentar la venta de ejemplares y apasionar a los lectores con el color y la imagen precisa, no siempre son capaces de recoger las sutilezas del texto escrito; y, sobre todo, de ninguna manera aumentan la concreción y adecuada percepción de la mirada humana ante el otro.

³⁰ Theodore De Bry, *Conquistadores, Azteken en Inca's/Conquistadores, Aztecas and Incas. Gravures van/engravings by Th. De Bry* (Amsterdam 1980). Los demás editores actuales, que atribuyen correctamente a Acosta el texto original, no destacan que De Bry lo calla. Así, por ejemplo, en la versión española de 1992: De Bry, *América* (nota 17). En general, no se ha concedido importancia a estos cuadros de Acosta, tal vez, más que por la ausencia de su nombre en la edición general del tomo IX de De Bry, por no atenerse a la idea general de pintura “combativa” en la guerra religiosa europea, que suele atribuírsele a toda la colección.

Tal vez, y de modo particular entre todos los tipos de “discurso”, la otredad intercultural sólo se vuelve comprensible y transparente, verdaderamente, a través del lenguaje – la máxima expresión de la condición humana – y de su representante gráfico, la escritura. La “cámara oscura” de la foto, a pesar de su supuesta objetividad – y, mucho menos, el dibujo y el grabado, que muestran los defectos y los temblores de la mano humana – no es capaz por sí sola de captar la diferencia de significado y de vivencia entre las culturas.

ANEXO. GRABADOS DE DE BRY, PARTE IX, TOMADOS DE LA HISTORIA DEL P. ACOSTA

En este apartado queremos simplemente ofrecer los dibujos de De Bry con los textos a pie de dibujo seleccionados por el traductor, que han sido re-traducidos recientemente del latín y alemán originales al castellano.³¹ Pero, a esa “alianza” de texto y dibujo en la misma página le añadimos la compulsiva caso a caso con el texto original de Acosta, que también fue traducido originariamente por los editores alemanes, aunque las reproducciones recientes de la colección de De Bry se reducen meramente a los dibujos, sólo agregados al final de la obra original. Ello lo hacemos, además de para respetar la combinación de traducción/dibujo con que se ofrecieron en la edición original de De Bry, para mostrar claramente la prueba doble de lo que hemos ofrecido en nuestro propio análisis (sobre la estrecha relación entre texto original y dibujo).

Creo que este doble cotejo de imagen y texto que ofrecemos, además, tiene ahora el interés añadido de permitir comparar los dos “elementos” textuales que se refieren a los mismos temas (aquellos puestos al pie de los dibujos y los párrafos originales de la obra), porque tal vez solamente así se permita ver parte de la labor “mediadora” realizada por el dibujante, en su traducción del texto a imagen. Hemos puesto en negrillas nosotros, en algunos casos, las partes del texto original que creemos no se ven “representadas” en el dibujo, sugiriendo que se debe a las diferentes “capacidades” de uno y otro medio expresivo, no a la intención del dibujante de “no leer” esos párrafos en negrillas.

Este esfuerzo nuestro no nos parece inútil; al contrario, tras las reediciones populares que han tenido lugar en los 1990 a sus lenguas originales (aquellas de las que tradujo los textos Teodoro De Bry del inglés, del holandés, del español, etc.) me queda la duda de si las “reediciones” actuales – lujosas y caras, seleccionando solamente los dibujos y sus “pies de foto” – no son de alguna manera una “traición” a las colecciones de textos originales con dibujos finales, laboriosamente reunidos por sus editores-traductores, y que tal vez son por lo mismo quienes impiden “comprender”

³¹ Hemos tomado estos cuadros que se ofrecen a continuación de la edición española de 1992: De Bry, *América* (nota 17). Agradecemos la gentileza de la editorial española Siruela por permitirnos su reproducción gratuita.

su minuciosa tarea de “lectura profunda”. Ellos no pretendieron “entretenernos” y ahorrarnos la lectura textual, sino más bien lo contrario, inducirnos a una lectura minuciosa. Desde luego, no pretendieron tampoco hacernos creer que sus dibujos fueran comprensibles en sí mismos, sin los textos “selectos” que les acompañaban, sino, más bien, resaltar la importancia del dibujo para satisfacer al buen “lector”, en forma de “glosa” gráfica, que encarecía justificadamente el buen producto final.³²

3. DE CÓMO EXTRAEN LOS INDIOS EL ORO DE LAS MONTAÑAS

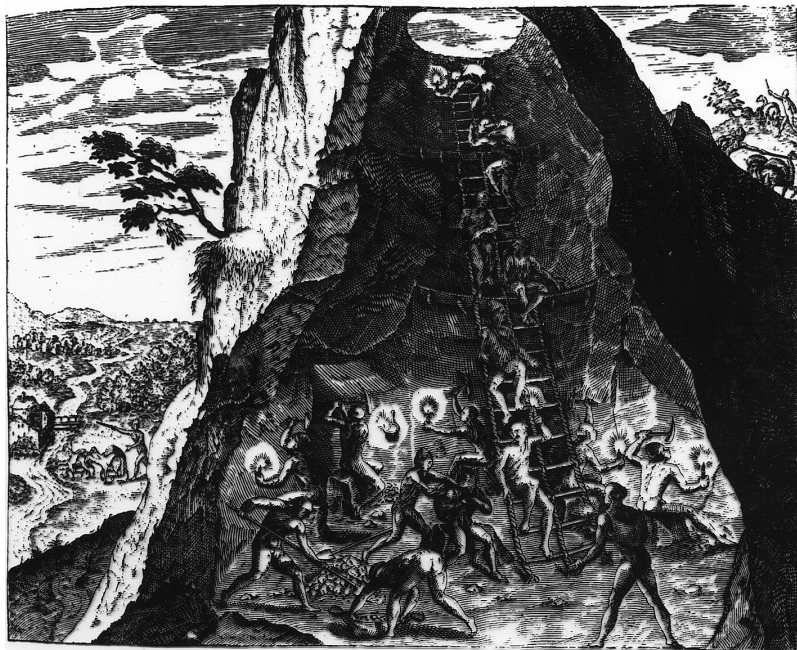
“Plinio dice que en Italia hay muchos metales, pero que los antiguos no consintieron beneficiarse por conservar la gente. De España los traían, y como a tributarios hacían a los españoles labrar minas: lo propio hace ahora España con Indias, que habiendo todavía en España sin duda mucha riqueza de metales no se dan a buscarlos, ni aún se consiente labrar por los inconvenientes que se ven; y de Indias traen tanta riqueza, donde el buscarla y sacarla no cuesta poco trabajo, ni aún es de poco riesgo [...]. Tiene el cerro de Potosí cuatro vetas principales, como está dicho [...] Tiene todo el socavón desde la boca hasta la veta (que llaman ‘el crucero’) doscientas y cincuenta varas, las cuales tardaron en labrarse los veinte y nueve años que está dicho: para que se vea lo que trabajan los hombres por ir a buscar la plata a las entrañas del profundo.

Con todo eso, trabajan allá dentro – donde es perpetua obscuridad – sin saber poco ni mucho cuándo es de día ni cuándo es noche. Y, como son lugares que nunca los visita el sol, no sólo hay perpetuas tinieblas mas también mucho frío, y un aire muy grueso y ajeno de la naturaleza humana: y assí, sucede marearse los que allá entran de nuevo – como a mí me acaeció – sintiendo bascas [= ansias] y congojas de estómago. Trabajan con velas siempre los que labran, repartiendo el trabajo de suerte que unos labran de día y descansan de noche, y otros al revés les suceden. El metal es duro comúnmente, y sácanlo a golpes de barreta quebrantándole, que es quebrar un pedernal. Después lo suben a cuestras por unas escaleras hechizas de tres ramales de cuero de vaca, retorcido como gruesas maromas: y de un ramal al otro puestos palos como escalones, de manera que puede subir un hombre y bajar otro juntamente.

Tienen estas escalas de largo diez estados, y al fin dellas está otra escala del mismo largo: que comienza de un relex – o [a]poyo –, donde hay hechos de madera unos descansos a manera de andamios, porque son muchas las escalas que se suben. Saca un hombre carga de dos arrobas, atada la manta a los pechos, y el metal que va en ella a las espaldas. Suben de tres en tres: el delantero lleva una vela atada al dedo pulgar para que vean, porque – como está dicho – ninguna luz hay del cielo,

³² Recuérdense las palabras introductorias a la traducción del texto de Acosta, justificando los dibujos hechos “esperando que el *aficionado de comprender* estas curiosas historias, – y sin embargo verdaderas, aunque sean extrañas – me lo agradezca, ya que el editor se ha dado mucha molestia y gasto de su parte” (cursiva nuestra, cf. nota 23 y texto referido).

3. DE CÓMO EXTRAEN LOS INDIOS EL ORO DE LAS MONTAÑAS



EXTRAEN los indios el oro de la montaña de Potosí, sin duda considerada la más rica de las Indias todas, de la misma manera que aquí en nuestras minas, es decir, han de arrancarlo de la roca a golpes. Dividen a los trabajadores en dos turnos, y trabaja uno de día y descansa de noche, y el otro descansa de día y trabaja de noche, bien que ven del día tan poco unos como otros. Deben ayudarse con velas, pues están a unos 150 brazos de profundidad bajo tierra, mas pese a tal fondura han de subir todo el metal cargándolo sobre sus hombros. Y emplean para ello escaleras que son dobles, es decir, dos que van unidas. Están hechas estas escaleras de pieles de buey trenzadas y travesadas por palos de madera. Así pues, suben siempre tres, uno tras el otro, y bajan otros tres por el otro lado, y como en subir siempre es menester sujetarse con las manos, lleva el primero una lámpara encendida atada al pulgar. Y pues, como hemos mencionado, es largo el trecho a subir, tienen bancos para sentarse en el camino, donde pueden descansar con su carga.

y vanse asiendo con ambas manos; y assí suben tan grande espacio que – como ya dije – pasa muchas veces de ciento y cincuenta estados. Cosa horrible y que, en pensarla, aún pone grima: tanto es el amor del dinero, por cuya recuesta se hace y padece tanto”.

Libro IV, Cap. 8, “Del modo de labrar las minas de Potosí”.

4. DE LAS OVEJAS INDIAS QUE TRAEN EL METAL DE LA MONTAÑA



HAY en el Perú una extraña especie de ovejas, llamadas llamas por los indios. Empléanlas en Indias, además de comer su carne y hacer paño con su lana, en vez de caballos y mulas, pues ponen todo cuanto es menester transportar por tierra sobre esas bestias. Acarrean también la plata de las minas y van de Potosí a Arica, que se halla a setenta millas de distancia, y andan juntas y por pocas gentes rodeadas unas trescientas a cuatrocientas, y suelen recorrer unas cuatro millas diarias. Nada cuesta este animal a sus dueños, pues no han menester de monturas ni de bridas ni de ferraduras, ni comen más que hierba en el camino. Mas han de ir muy atentos quienes las acompañan a que no se enhaden, pues cuando una, sentida, se tumba, no hay manera de levantarla ni con golpes ni con palabras, y uno de los acompañantes debe más bien tumbarse a su lado y así quedarse a veces una o dos horas y acariciarla hasta que torne a levantarse y proseguir su camino. Cuando una huye corriendo en la montaña, como ha sucedido, tampoco hay manera de traerla. Y si quiérese conservar la carga que lleva en el lomo, hay que matar la bestia

4. DE LAS OVEJAS INDIAS QUE TRAEN EL METAL DE LA MONTAÑA

“Ninguna cosa tiene el Perú de mayor riqueza y ventaja que es el ganado de la tierra, que los nuestros llaman ‘carneros de las Indias’, y los indios en lengua general los llaman *llama*. [...] Usan llevar manadas de estos carneros cargados como recua; y van en una recua destas trescientos o quinientos, y aún mil carneros que trajinan vino, coca, maíz, chuño y azogue, y otra cualquier mercadería; y lo mejor della, que es la plata. Porque las barras de plata las llevan el camino de Potosí a Arica setenta leguas; y a Arequipa, otro tiempo solían, ciento y cincuenta. Y es cosa que muchas

veces me admiré de ver que iban estas manadas de carneros con mil y dos mil barras, y mucho más – que son más de trescientos mil ducados –, sin otra guarda ni reparo, más que unos pocos indios para sólo guiar los carneros, y cargarlos, y cuando mucho algún español; y todas las noches dormían en medio del campo, sin más recato que el dicho. Y en tan largo camino y con tan poca guarda jamás faltaba cosa entre tanta plata: tan grande es la seguridad con que se camina en el Perú. [...] Los carneros rasos tienen un mirar muy donoso, porque se paran en el camino y alçan el cuello, y miran una persona muy atentos: y estánse así tanto rato sin moverse, ni hacer semblante de miedo ni de contento, que pone gana de reir ver su serenidad. Aunque a veces se espanta súbito y corren con la carga hasta los más altos riscos, que acaece no pudiendo alcanzarlos – por que no se pierdan las barras que llevan – tirarles con arcabuz y matarlos. Los *pacos* a veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella sin remedio de hacerlos levantar, cuando les da este antojo. Por donde vino el refrán que usan en el Perú, de decir uno que ‘se ha empacado’, para significar que ha tomado tirria, o porfía o despecho: porque los pacos hacen este extremo, cuando se enojan. El remedio que tienen los indios entonces es parar, y sentarse junto al paco y hacerle muchas caricias y regalarle, hasta que se desenoja y se alça: y acaece esperarle bien dos y tres horas, a que se desempaque y desenoje”.

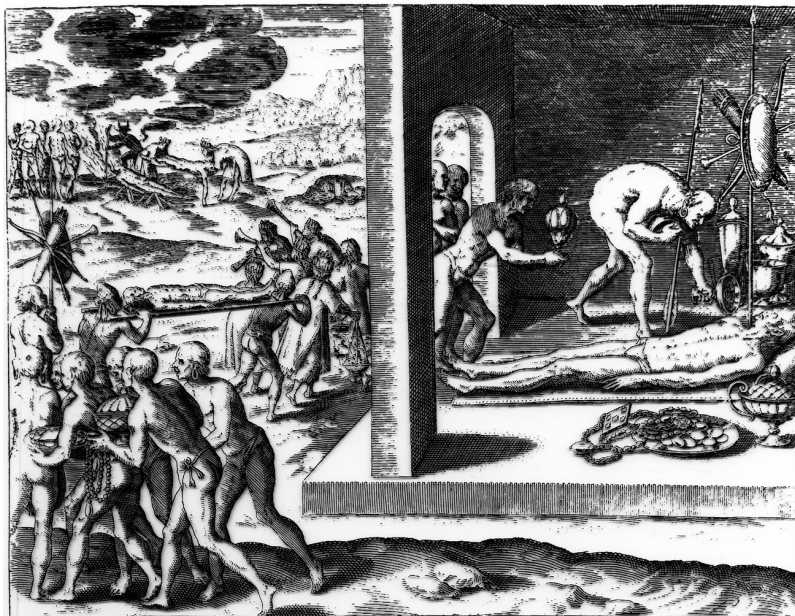
Libro IV, Cap. 41, “De los *pacos* y *guanacos*, y carneros del Perú”.

5. DE LA EXTRAÑA COSTUMBRE DE LOS MEXICANOS DE ENTERRAR A SUS MUERTOS

“En estos mortuorios comían y bebían y, si eran personas de calidad, daban de vestir a todos los que habían acudido al enterramiento. En muriendo alguno, poníanle tendido en un aposento hasta que acudían de todas partes los amigos y conocidos: **los cuales traían presentes al muerto, y le saludaban como si fuera vivo; y, si era rey o señor de algún pueblo, le ofrecían esclavos para que los matasen con él y le fuesen a servir al otro mundo.** [...] Y, por que no tuviesen allá pobreza, enterraban mucha riqueza de oro, plata y piedras, ricas cortinas de muchas labores, brazaletes de oro y otras ricas piezas; y, si quemaban al difunto, hacían lo mismo con toda la gente y atavíos que le daban para el otro mundo. Tomaban toda aquella ceniza y enterrábanla con grande solemnidad; **duraban las exequias diez días de lamentables y llorosos cantos.**

Sacaban los sacerdotes a los difuntos con diversas ceremonias, según ellos lo pedían: las cuales eran tantas que cuasi no se podían numerar. A los capitanes y grandes señores les ponían sus insignias y trofeos, según sus hazañas y valor que habían tenido en las guerras y gobierno: que para esto tenían sus particulares blasones y armas. Llevaban todas estas cosas y señales al lugar donde había de ser enterrado o quemado, delante del cuerpo, acompañándole con ellas en procesión: donde iban los sacerdotes y dignidades del templo con diversos aparatos, unos incensando y otros cantando y otros tañendo tristes flautas y atambores, lo cual aumentaba mucho el llanto de los vasallos y parientes. **El sacerdote que hacía el oficio iba ataviado con las insignias del ídolo a quien había representado el muerto: porque todos los señores representaban a los ídolos, y tenían sus renombres, a cuya causa eran**

5. DE LA EXTRAÑA COSTUMBRE DE LOS MEXICANOS DE ENTERRAR A SUS MUERTOS



UENTA la crónica de los supersticiosos ritos de los mexicanos con sus muertos que, cuando muere uno de sus principales señores, ponen al fallecido estirado en un cuarto. Llamán entonces a sus amigos y parientes todos, que entran entonces uno tras otro a ver al fallecido y a saludarle con grandes muestras de respeto y muchas palabras como si aún harlo tiempo viviere y a agasajarle con grandes obsequios, y si ha sido el difunto héroe bizarro, ponen cabe él su armamento. Y habiendo estado él un tiempo así estirado y llegada la hora del entierro, llévanlo los sacerdotes en procesión en un lugar señalado para su entierro, y van delante varios tocadores que entonan una triste melodía con sus flautas y demás instrumentos musicales, y les siguen los sacerdotes llevando primero los incensarios y luego el cadáver y detrás su armamento. Y por último siguen todos los regalos y obsequios donados a él, que serán quemados con él para servirle en la otra vida. En llegar, pues, en el lugar señalado para los entierros, hacen un fuego y allí arrojan e incineran al fallecido con grande pompa y muchas ceremonias y junto con él a todos cuantos le han sido dados para servirle en el otro mundo, que hartos pueden ser según el rango del difunto, y dicho fuego es avivado por un sacerdote que lleva el detestable disfraz del diablo. Y se menciona también que cuando todo ha quedado reducido a cenizas, las recogen y pónenlas con grande esmero en una vasija preparada para tal fin y la entierran cabe los obsequios y armamento del difunto. con que acaba el entierro.

tan estimados y honrados. Estas insignias sobredichas llevaba de ordinario la orden de la Caballería; y al que quemaban, después de haberle llevado al lugar adonde habían de hacer las cenizas, rodeábanle de tea – a él y a todo lo que pertenecía a su matalotaje, como queda dicho –, y pegábanle fuego; aumentándolo siempre con maderos resinosos hasta que todo se hacía ceniza. Salía luego un sacerdote vestido con unos atavíos de demonio, con bocas por todas las coyunturas y muchos ojos de

espejuelos, con un gran palo, y con él revolvía todas aquellas cenizas con gran ánimo y denuedo: el cual hacía una representación tan fiera que ponía grima a todos los presentes. Y algunas veces este ministro sacaba otros trajes diferentes, según era la cualidad del que moría”.

Libro V, Cap. 8, “Del uso de mortuorios que tuvieron los mejicanos y otras naciones”.

12. DE CÓMO FUERON LOS MEXICANOS LLEVADOS Y CONDUCTIDOS POR SU ÍDOLO

“La noche siguiente apareció en sueños Vitzilipuztli a un sacerdote anciano, y díjole que buscassen en aquella laguna un tunal que nacía de una piedra – que, según dijo, era donde por su mandado habían echado el corazón de *Copil* su enemigo, hijo de la hechicera, y que sobre aquel tunal verían un águila muy bella que se apacentaba allí de pájaros muy galanos; y cuando esto viessen, supiesen que era el lugar donde se había de fundar su ciudad, la cual había de prevalecer a todas las otras y ser señalada en el mundo [...] Lo cual causó tanta devoción y alegría en todos que sin dilación se pusieron luego a la empresa. Y dividiéndose a una parte y a otra por toda aquella espesura de espadañas y carrizales y juncia de la laguna, comenzaron a buscar por las señas de la revelación el lugar tan desseado [...] Al fin, después de mucho buscar acá y allá, apareció el tunal nacido de una piedra, y en él estaba un águila real abiertas las alas y tendidas, y ella vuelta al sol recibiendo su calor: alrededor había gran variedad de pluma rica de pájaros – blanca, colorada, amarilla, azul, y verde –, de aquella fineza que labran imágenes: Tenía el águila en las uñas un pájaro muy galano. Como la vieron y reconocieron ser el lugar del oráculo, todos se arrodillaron haciendo gran veneración al águila, y ella también les inclinó la cabeza mirándolos a todas partes [...] Llamaron por eso la ciudad que allí fundaron *Tenochtitlán*, que significa ‘tunal en piedra’: y sus armas e insignia son hasta el día de hoy un águila sobre un tunal, con un pájaro en la una mano y con la otra asentada en el tunal”.

Libro VII, Cap. 7, “De la fundación de Méjico”.

“Fue la elección del nuevo rey tan acertada que en poco tiempo comenzaron los mejicanos a tener forma de república, y cobrar nombre y opinión con los extraños. Por donde sus circunvecinos, movidos de envidia y temor, trataron de sojuzgarlos: especialmente los *tapanecas*, cuya cabeza era la ciudad de *Azcapuzalco*, a los cuales pagaban tributo como gente que había venido de fuera y moraba en su tierra. Pero el rey de *Azcapuzalco*, con recelo del poder que iba creciendo, quiso oprimir a los mejicanos; y, habida su consulta con los suyos, envió a decir al rey *Acamapixtli* que el tributo que él pagaba era poco, y que de ahí adelante le habían también de traer sabinas y sauces para el edificio de su ciudad. Y, ultra de eso, le habían de hacer una sementera en el agua de varias legumbres; y así, nacida y criada, se le habían de traer por la misma agua cada año sin faltar. Donde no, que los declararía por enemigos y los assolaría.

De este mandato recibieron los mejicanos terrible pena, pareciéndoles cosa imposible lo que les mandaba, y que no era otra cosa sino buscar ocasión para destruirlos. Pero su dios *Vitzilipuztli* les consoló apareciendo aquella noche a un viejo, y

12. DE CÓMO FUERON LOS MEXICANOS LLEVADOS Y CONDUCIDOS POR SU IDOLO



EMOS aquí varias veces ilustrado cómo los mexicanos travesaron juncos y yermos espacios hasta llegar, siguiendo las profecias de su ídolo Vitzliputzli, en el lugar donde encontraron el árbol crecido de una roca, sobre cual había posada un águila con un hermoso pájaro entre sus garras, todo conforme a las predicciones de su falso dios. En viendo este símbolo, postráronse ante dicha águila, la adoraron y entonces construyeron allí una choza en honor de su ídolo y luego la ciudad de México. Y también queda reflejado aquí el tributo que anualmente han de pagar los de México al rey Azcapuzalco, pues buscando éste causa para expulsar a los mexicanos de sus tierras, impúsoles tributo que por ser tan elevado no serían capaces de satisfacer. Mas su ídolo Vitzliputzli lo consiguió para ellos. Era este tributo un jardín con toda suerte de frutos, tales como maíz, guisantes, etcétera, así como cigüeñas que anidaban en dicho jardín y también gansos que allí criaban y otras cosas más. Y era menester que todo ello creciese en el agua y fuera llevado y entregado por agua.

mandóle que dijese a su hijo el rey [= el dios es padre gentilicio del nuevo rey, como padre de los mejicanos] de su parte, que no dudasse de aceptar el tributo, que él le ayudaría y todo sería fácil. Fue así que, llegado el tiempo del tributo, llevaron los mejicanos los árboles que les habían mandado, y más la sementera hecha en el agua y llevada por el agua, en la cual había mucho *maíz* (que es su trigo) granado ya con sus maçorcas, había *chili* – o *ají* –, había bledos, *tomates*, *frijoles*, *chía*, calabazas y otras muchas cosas, todo crecido y de sazón [...] Assí se maravilló mucho el rey de *Azcapuzalco* cuando vió cumplido lo que él había tenido por impossible, y dijo a los suyos que aquella gente tenía gran dios, que todo les era fácil. Y a ellos les dijo que,

pues su dios se lo daba todo hecho, que quería que otro año al tiempo del tributo le trajessen también en la sementera un pato y una garça con sus huevos empollados. Y que había de ser de suerte que, cuando llegassen, habían de sacar sus pollos; y que no había de ser de otra suerte, so pena de incurrir en su enemistad. Siguióse la congoja en los mejicanos [porque] qué mandato tan soberbio y difícil requería, mas su dios de noche (como él solía) los conhortó por uno de los suyos, y dijo que todo aquello tomaba él a su cargo, que no tuviessen pena y que estuviessen ciertos que vendría tiempo en que pagassen con las vidas los de *Azcapuzalco* aquellos antojos de nuevos tributos; pero que al presente era bien callar, y obedecer. Al tiempo del tributo, llevando los mejicanos cuanto les había pedido de su sementera, remaneció en la balsa (sin saber ellos cómo) un pato y una garça empollando sus huevos, y caminando llegaron a *Azcapuzalco* donde luego sacaron sus pollos. Por donde, admirado sobremañera, el rey de *Azcapuzalco* tornó a decir a los suyos que aquellas cosas eran más que humanas, y que los mejicanos llevaban manera de ser señores de todo”.

Libro VII, Cap. 9, “Del extraño tributo que pagaban los mejicanos a los de *Azcapuzalco*”.

